

SÁLVESE QUIEN PUEDA

NICOLE LAPIERRE

SÁLVESE QUIEN PUEDA

Traducido del francés por Julieta Lionetti



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sauve qui peut la vie*

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far
Imagen de cubierta: archivo fotográfico de la autora, Nicole Lapierre

Primera edición: septiembre de 2017

© Éditions du Seuil: agosto de 2015
© de la traducción: Julieta Lionetti, 2017
© de la presente edición: Edhasa, 2017
Diputación, 262, 2^ªª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1130-3

Impreso en Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B. 20359-2017

Impreso en España

A mi hija, Ève.

A mi sobrina, Yona.

A mis siete «pequeños», que ya son mayores,
por orden de entrada en escena: Pierre, Merlin,
Elvire, Rémi, Arsène, Elyès y Ether.

Prólogo

En mi familia nos matábamos de madre en hija. Pero se ha acabado. Hace ya mucho tiempo, me prometí que los accidentes y los suicidios debían detenerse conmigo. O mejor, antes de mí. ¡Sálvese quien pueda! Me encanta esta expresión. Es parecida al título de una película de 1980 de Jean-Luc Godard. Él había puesto (la vida) entre paréntesis, como una aclaración, como una corrección de trayectoria. El sálvese quien pueda es la desbandada, la derrota. El salve la vida quien pueda es la línea de fuga, el librarse a veces por los pelos. De buen grado adopto la expresión como mi divisa. Me ha hecho falta tiempo para comprender que un modo de ser —una tendencia a apostar por la calma, un gusto por la evasión, un rechazo por las pasiones violentas, una apetencia de felicidad contra viento y marea— también había influido profundamente en mi forma de pensar.

Tal es la materia de este libro. Comienza por un relato familiar, íntimo. Es un género al que hasta ahora me había negado. Yo, que tan a menudo solicité largas entrevistas

biográficas en mis investigaciones, me mantuve siempre discreta en lo referente a mi propia historia y la de mi familia. Desde luego, mostraba la punta de la nariz de mi participación, persuadida de que había que asumir esta parte motora (¡que no maldita!) de todo trabajo de campo. Sin embargo, allí me quedaba.

Es posible que cada libro aparezca en el momento más oportuno. Esta vez es mi propio relato mi objeto de reflexión. Me apoyo en él para desarrollar algunas ideas que me tomo muy a pecho. Hoy tengo más ganas que nunca de defenderlas frente al aumento de los prejuicios, la injusticia, la intolerancia, y contra el abatimiento que de ellas resulta y se extiende. Me suscribo al «optimismo de la voluntad» del que hablaba Antonio Gramsci, que no es una determinación obtusa ni una confianza crédula, sino la única respuesta posible al «pesimismo de la inteligencia».

Me gustaría que este libro, escrito sobre el fondo de dramas pasados, tanto colectivos como privados, sea una lectura vigorizante, un reconstituyente para resistir al mal tiempo actual.

Un kilo de plumas, un kilo de plomo

La historia, al menos por lo poco que yo sé, se remonta a mi abuela Sarah, a quien no conocí. Murió quemada como consecuencia de una explosión de gas en su piso, en Niza, el 14 de mayo de 1934. Mi madre tenía por entonces diecinueve años. Siempre nos dijo, a mi hermana y a mí, que la explosión se debió a que nuestra abuela había limpiado una prenda manchada con un producto inflamable cerca de un calentador de agua encendido. Su relato se apoyaba en todas sus advertencias recurrentes sobre los peligros de usar tricloroetileno (o cualquier otro producto antimanchas volátil a base de bencina) al lado de una caldera. Este temor, obsesivo en ella, no podía ser más que el efecto de aquel accidente fatal. Era evidente. Y sin embargo...

Mi hermana nació el 6 de abril de 1940, en Macon, en Saône-et-Loire, durante la «extraña guerra». Mis padres la llamaron Francine por devoción a su país amenazado y le dieron, como segundo nombre y según la tradición judía, el de su abuela muerta. No era el único

vínculo que las uniría. De acuerdo con las fotos más antiguas, ésas en las que Sarah todavía no ha ganado los kilos propios del bienestar o de la aflicción, Francine se le parecía de manera asombrosa. Tenía, al igual que ella, esos grandes ojos negros de mirada un poco desenfocada que caracteriza a los miopes, una bonita nariz recta, mejillas redondas y una boca arqueada en un ligero mohín. ¿Hasta dónde llegaba el parecido? ¿Qué zozobras habían pasado de la una a la otra? Me lo he preguntado a menudo. Mi madre jamás hablaba de aquello, o hablaba muy poco. La gente allegada contaba que el abuelo, despótico y promiscuo, hacía sufrir a su mujer y aterrorizaba a las dos hijas: Jeannette, la mayor, y Gilberte, la menor y a la sazón nuestra madre. Presa de la melancolía después de un engaño amoroso, mi hermana se convenció de que la abuela, demasiado desdichada, se había suicidado. Ella misma luchó contra una depresión que no pudo superar. Desesperada, puso fin a sus días ahorcándose en su piso el 22 de julio de 1982. Su hija, Yona, acababa de cumplir dieciocho años. La historia parecía repetirse.

Francine era especial, intensa y frágil. Había entre nosotras una diferencia de edad de casi ocho años y teníamos una relación curiosa. En la adolescencia, solía irritarse con mis travesuras. Es posible que ella no hubiera deseado nunca tener una hermana pequeña. En cualquier caso, lo más probable es que no hubiera previsto tener que compartir el tiempo de sus padres conmigo ni, aún peor, su espacio vital. Esto me costaba chan-

zas y bromas como, por ejemplo, las que hacía sobre mi cháchara incesante o sobre mis cortos bucles morenos que me daban, según ella, el aspecto de un caniche (¡qué no habría dado yo por tener el pelo largo y liso!). Ser la hermana mayor le otorgaba sus prerrogativas. En el piso familiar en la calle de Vouillé, en el decimoquinto distrito de París, y después en el del barrio de la Trinité, que era grande aunque una gran parte estaba ocupada por el gabinete de radiología de nuestro padre, dormíamos en la misma habitación. A nuestras camas gemelas sólo las separaba la mesilla de noche. Ochenta centímetros de distancia para ocho años de diferencia era demasiado poco. Cuando se acostaba y yo todavía no me había dormido, no tenía derecho a mirarla mientras leía, y tenía que darme la vuelta hacia el otro lado. Sin embargo, me dispensaba delicadas atenciones y le encantaba jugar a ser mi Pígalión. Le debo, entre otras cosas, mis primeras emociones literarias y una pasión intacta por Saint-John Perse, del que me leía poemas. Tendría once o doce años y mi imaginación galopaba cuando ella recitaba:

... Reina perfectamente gorda, cruza
esta pierna sobre aquella otra; y haciéndolo
regala el perfume de tu cuerpo
¡tú, Afable! ¡tú, Tibia; tú, un-poco-Húmeda y Suave,
se dice que tú nos
liberarás de un recuerdo que humilla los campos

pimenteros y los arenales donde crece el árbol de
ceniza,
y a las vainas núbiles y a las bestias almizcleras!¹

Un día, echó varios litros de leche en el agua de mi baño: de vaca, no de burra como la de Cleopatra, pero había que arreglarse con lo que había. Para que tuviera la piel sedosa, decía. Las boberías compartidas eran poco comunes y claramente deliciosas y es la razón por la que, sin duda, he guardado ésta en la memoria.

A veces, a pesar de la diferencia de edad, Francine me hacía objeto de sus confidencias. Me acuerdo de que, durante el regreso de una estancia en un kibutz en Israel, me contó de su amor exaltado por un marino y de las ganas de arrojarse bajo el estrave que la asaltaron de pronto mientras estaba en el barco con él. Quería morir de felicidad, detener su existencia en ese momento de pasión. A mí me parecía formidablemente romántico, aunque algo excesivo de todas formas. Su lado apasionado me impresionaba. El otro lado, el maníatico (las pilas de jerséis y de rebecas perfectamente alineados por color en los cajones, que mi madre me ponía como ejemplo, o, más tarde, sus libros siempre forrados con papel de seda), me gustaba menos. Un

1 Saint-John Perse, *Oeuvres complètes, Récitation à l'éloge d'une reine*, París, Gallimard, colección Bibliothèque de la Pléiade, 1972, p. 60. Existe traducción en español de su obra completa en *Obra poética completa (2 tomos)*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, El manantial oculto, n° 44, versión de Jorge Zalamea (2004). Sus libros sueltos de poemas están publicados en España Visor. (*Nota de la T.*)

orden estricto de las cosas y la conmoción de los sentimientos coexistían en ella de forma sorprendente.

★ ★ ★

Con motivo de un viaje, esta vez a la Unión Soviética, Francine se enamoró con la misma euforia de quien iba a convertirse en su marido. Y también con una feroz determinación de imponerse a nuestros padres, descontentos con lo que consideraban un matrimonio desafortunado. El prometido no era un médico judío de buena familia de París, sino un goi¹ de provincias, hijo de campesinos, sin estudios ni dinero. El que fuera muy culto, apasionado del surrealismo y cinéfilo espabilado no cambiaba en nada el asunto. A ojos de nuestros padres, ser autodidacta no tenía gran valor y, estaba claro, su hija merecía algo mejor. Había aprobado el bachillerato a los dieciséis años y no podía menos que hacer una carrera brillante. Para responder a los deseos paternos, Francine se inscribió en medicina y luego dejó los estudios sobre la marcha, lo que decepcionó mucho a nuestro padre. Finalmente eligió psicología, una solución de compromiso –creo yo– entre la filosofía, que adoraba, y la medicina que acababa de abandonar. Sin embargo, nunca terminó la tesis que tenía planeada sobre Antonin Artaud. ¿Qué proyectaba sobre

1 Término hebreo universalizado entre los judíos de la diáspora para referirse a los no judíos. Su origen está en Génesis 10:5. (*N. de la T.*)

«el hechizado eterno», sobre el poeta febril cuyo destino fue destrozado por el manicomio? ¿De dónde venía su curiosidad por este vidente que había escrito, específicamente, *El suicidado de la sociedad*, ese texto formidable sobre Van Gogh? No lo sé. Pero le fascinaba, eso es seguro. Y me habría gustado mucho leer lo que quería decir sobre él.

Tener unos estudios destacados, que desembocaran en una profesión digna de interés y gratificante, era un imperativo familiar. La conminación era tácita en el caso de nuestro padre. Él, que se había separado de los suyos para ir a estudiar medicina a Francia, consideraba lógico lograr excelentes resultados escolares, iba de suyo y no merecía felicitación alguna. Para nuestra madre, la conminación era más explícita. A menudo nos decía: «Una mujer debe tener una profesión, no tiene que depender de los hombres». No hay duda de que hablaba por experiencia. Al huir de la autoridad paterna después de la muerte de su madre Sarah, había ido a París, a vivir en casa de su hermana Jeannette, y se inscribió en Arts Déco (la escuela nacional superior de artes decorativas). Finalmente, a pesar de sus aspiraciones y de que los estudios le habían permitido frecuentar una cierta bohemia artística, la emancipación se le quedó corta. Se transformó en esposa de médico y madre de familia, que, por cierto, no era con lo que había soñado. Al menos, es lo que supongo. Porque tanto sobre los sueños y las pesadillas de mi madre lo desconozco casi todo.

Sin embargo, sé que, enamorada y decidida, anuló un compromiso matrimonial previo para casarse con mi padre, que le había sido presentado por Alberto, su cuñado, en París. De manera que fue un matrimonio por amor el que se celebró el 9 de marzo de 1939 entre Gilberte Schtitser y ese Israël Lipsztein, a quien siempre llamó Élie y a quien siguió hasta Crêches-sur-Saône, donde él ejercía su profesión. Nos contó muchas veces su llegada a este pueblo de Macon: todo parecía vacío, pero ella veía moverse los visillos, detrás de los cuales los lugareños observaban a la parisiense traída por el doctor. Era coqueta, tal vez demasiado. Él, un hombre apuesto y moreno de ojos claros, hasta entonces un espabilado soltero que se desplazaba en moto o en su descapotable de color rojo para ir a atender a sus pacientes, habría hecho palpar más de un corazón. ¡En aquella época vivir en Crêches-sur-Saône, después de la escuela de artes decorativas y la vida emocionante de París, debía de ser un tremendo choque cultural! Sin duda, mi escaso entusiasmo por lo rural proviene de ella.

Gilberte quedó encinta de mi hermana muy pronto, y luego vinieron la guerra, la colaboración, las leyes de Vichy contra los judíos. Después de la ocupación de la zona libre, en noviembre de 1942, y temiendo por sus vidas, quisieron salvar al menos la de su única hija escondiéndola en casa de unos campesinos. Francine tenía dos años y medio cuando la dejaron a cargo de aquella familia, junto con el dinero que aseguraba su sustento, como se solía hacer en tiempos de peligro. Cuando se marcharon, hacia el final de la mañana, la

niña se aferraba a la puerta y profería alaridos. La tarde de aquel mismo día, inquieta y desdichada, Gilberte quiso regresar a fin de comprobar que su hija se había calmado. La encontraron bañada en lágrimas cerca de la entrada y decidieron llevársela con ellos, a pesar del peligro que entrañaba. Muchos años más tarde, después del suicidio de Francine, Élie, poco dado al psicoanálisis aunque lector de Freud, pensó que el traumatismo inicial se había reavivado por todo lo vivido con su pareja, como un segundo abandono. Gilberte, por su lado, incriminaba a su ex yerno como culpable ideal, quien no había sabido querer a su mujer como se debía y de quien sospechaba que era promiscuo, como lo había sido su propio padre. Sea como fuere, encontrar un motivo, una explicación, les resultaba necesario. Ambos daban vueltas sin descanso alrededor de la muerte de la hija, buscando qué le había faltado, qué la había hecho tan frágil. En suma, de quién era la culpa.

Y finalmente, Gilberte dejó de dar vueltas. El 1 de junio de 1990, ocho años después del fallecimiento de mi hermana, se mató a su vez saltando de una pasarela en la ronda de circunvalación entre la puerta de la Murette y la puerta Dauphine, cerca de su casa. Estaba deprimida y sufría de múltiples dolores a los que no se les encontraba causa, a pesar de los numerosos especialistas a los que consultaba y de los innumerables exámenes a los que se sometía. Por no hablar de las curas que se imponía, como aquel corsé de escayola que llevó durante un tiempo y que estaba destinado a aliviar su dolor de espaldas. ¿Le hacía falta

para no doblegarse de pena? Con todos aquellos males, ¿esperaba que Élie, en su condición de médico, le concediera más atención y cuidados? Si éste era el caso, se trataba de un error patético. Porque para aquel partidario de la medicina clásica y somática, el lenguaje de la psique resultaba poco audible, y terminó por ver en ella nada más que a una agobiante «enferma imaginaria». En la corta nota de despedida que dejó a mi padre, escribió: «Mi querido amor: Estoy demasiado enferma. No me busques. Te beso. Beso a mi hija y a mis nietos». Demasiado enferma, en lugar de demasiado desesperada. ¡Y sin nadie que la escuchara!

¿Para escuchar qué, por cierto? Era muy poco decoroso quejarse entre nosotros. Sólo vi llorar a Élie una vez, cuando murió Francine. Jamás le oí expresar una queja. Gilberte no se quedaba atrás: en su muy limitado vocabulario yiddish, aprendido de su abuela, calificaba con desdén a sus conocidos como *krechtsers* (quejica) o como *schnorrer* (pedigüeño). En la galería de los pobres tipos faltos de voluntad, estos dos tenían el primer puesto, antes que el *schlemil* (idiota) y después del *meshuge* (lunático)... Saber comportarse y mantener la cabeza fría eran dos mandamientos implícitos y poderosos. Conservo algo de todo aquello: los quejumbrosos también me irritan y las personas un poco *borderline*¹ me inquietan. Sin embargo, evitar lamentarse de su suerte no implica no contar nunca nada de la propia historia. Ahora bien, Élie no sabía nada o casi

1 En inglés en el original. (N. de la T.)

nada del pasado de su mujer. Es cierto que aquella generación hablaba poco de cuestiones íntimas, ¡pero aun así!

Debo confesar que si bien interrogué a mi padre minuciosamente sobre su infancia en Polonia durante mi investigación sobre la diáspora judía de Plock, antes de escribir *Le silence de la mémoire*¹, no hice nada parecido con mi madre. No nos llevábamos muy bien mi madre y yo. Nos queríamos, creo, aunque sin efusiones ni verdadera intimidad. Su preferida fue Francine. Tal vez porque tuvo tantísimo miedo de perderla. Y además, después de lo que habían pasado, Gilberte no quería un segundo hijo. Fue Élie quien insistió, esperando un varón. En la familia decían que yo era un «chicazo»: cabello corto, aire decidido y un poco imprudente. Papá me adoraba, lo sé. De manera que había preferencias simétricas, nunca explicitadas, y el amor circulaba. Por supuesto, el lugar que ocupaba cada uno no dependía solamente de esas relaciones íntimas. En casa, como en tantas otras familias judías que habían sobrevivido a la persecución, era muy diferente haber nacido en los albores de la guerra, cuando el futuro se ensombrecía, que dos años después, en ese período de reconstrucción, de esperanza y del *baby-boom*.² Esta generación, la mía, protegida del pasado, llegaba como una promesa. Incluso como un desquite, como dejar con un palmo de narices a la adversidad.

1 *Le silence de la mémoire. À la recherche des Juifs de Plock*, París, Plon, 1989, reedición Le Livre de poche, colección Biblio Essais, 2001.

2 En inglés en el original. (*N. de la T.*)

Mi padre mantenía, así, una especie de contabilidad de los vivos. Un día, considerando el número de sus descendientes, hijos, nietos y primeros bisnietos, declaró, encantado: «¡Hoy la familia por fin se ha reconstituido!» Supongo que en su cálculo de pérdidas incluía a sus padres —su madre, muerta antes de la guerra; su padre, desaparecido en el gueto de Lodz—; a su hermano, muerto en la insurrección de Varsovia en el verano de 1944; a sus tíos, tías y primos, de los cuales muy pocos habían sobrevivido, y, finalmente, a su mujer y a su hija. En el de las ganancias, puede que agregara a los hijos de los primos de Australia, supervivientes de Auschwitz, y a los de los primos de Haifa. A los otros, los de Argentina, que habían emigrado muy temprano de Polonia, los había perdido de vista. Al igual que a la prole de una de sus tías, Rosa, quien tiene un sitio destacado tanto en la leyenda familiar como en mi mitología personal.

Revolucionaria en 1905, Rosa había tenido que huir de la casa de sus padres en Plock, en Polonia, durante una batida policial. Su madre cubrió su fuga y escondió su pequeño revólver entre «sus amplios pechos», según la fórmula utilizada por Élie. ¡La intrépida mujer ya se había dado a la fuga mientras la madre coraje se hacía cargo! A menudo he tratado de representar la escena mentalmente. ¿El revólver era uno de esos modelos pequeños como, por ejemplo, los de cachas de nácar que las damas sacan del bolso en el momento justo en las películas del cine negro? ¿O era que mi bisabuela tenía unas mamas opulentas, como

una Lollobrigida del Shtetl? Quizás las dos cosas. Jamás lo sabré. Sea como fuere, a Rosa la enviaron rápidamente al extranjero. Me acuerdo de haberla visitado en Londres siendo adolescente, con motivo de una estancia lingüística. La imagen que me quedó fue la de una ancianísima dama encaramada en un escabel para cambiar la bombilla de una araña del salón. ¡A pesar de los años, la tía Rosa seguía sin temerle a nada! Sin duda, tuvo descendencia, pero esta rama del otro lado del canal de Mancha no formaba parte del inventario de mi padre. Resta este hecho asombroso: mi padre contaba ¡y celebraba que las cuentas le salieran bien!

Ahora que ya no está –murió el 14 de junio de 2002, dejándome en primera línea– me doy cuenta de que me encanta jugar a ser una matriarca. Todos los cumpleaños se celebran en casa y, como somos muchos, reagrupamos a aquellos que cumplen en fechas cercanas (los niños de abril, concebidos en el hueco del verano) y compartimos enormes mesas animadas. De buen grado me vanaglorio ante los amigos que se convierten en abuelos por primera vez –algo que está generalizándose en mi generación– de tener ya «siete pequeños», como Blancanieves y los siete enanitos. En realidad, los mayores son unos grandullones que me sacan una cabeza de estatura. Y, además, hago trampas, porque incluyo a mis sobrinos-nietos, Pierre y Rémi, los niños que mi hermana Francine no llegó a conocer. En resumen, que yo también cuento y me alegro a mi vez.

Incluso voy más lejos, pues cultivo el placer de las filiaciones y de las fundaciones en este grande y viejo case-

rón que compramos en Hérault el año de la muerte de mi padre. ¿Por qué aquí y no en otro sitio, si no tenemos raíces ni nada en la región? A causa de los vínculos que tejimos al hilo de repetidas pausas en Pézenas, en casa de nuestro viejo amigo Paul, cuya hospitalidad tiene merecida fama. Fue él quien nos casó, a Edwy y a mí, y quien organizó uno de esos banquetes alegres y copiosos que tanto le gustan para celebrar los acontecimientos. En esa ocasión, mi padre conoció a Ben, su vecino de mesa, y ambos —el ashenazi venido de Polonia y el hijo de harki¹ venido de Argelia— conversaban tranquilamente cuando el primero, emocionado y siempre un poco solemne, declaró al segundo: «Aquí, por primera vez, me siento francés». ¡Impresionante! Así que hasta entonces no lo había sido del todo, a pesar de su ciudadanía, de su integración, de su carrera, de su cambio de nombre. ¿Qué le provocaba ese sentimiento repentino? Puede que fuera el clima, la atmósfera bucólica y soleada de aquel almuerzo prolongado. Una escena que, para mí, parecía salida directamente de una película de Jean Renoir.

Durante mucho tiempo no había apreciado el campo más que en las pantallas, en el cine de Ingmar Bergman o de Woody Allen, por ejemplo: un campo en flor, radiante, encantado, poblado de pájaros y de mariposas coloridas, sin el menor insecto punzante o rastrero... El campo de

1 *harki*, transcripción francesa de la palabra árabe que designa a los argelinos que combatieron por Francia en la guerra de liberación de 1957-1962. (N. de la T.)

verdad, el de la realidad, no me gustaba nada. Aborrecía todavía más las casas de campo, lugares de persistencia que se oponían a mi gusto por las ciudades, los viajes y los hoteles en una reivindicación de cosmopolitismo. Ese gusto no me ha abandonado; toda ocasión es buena para marcharse, preferentemente a países desconocidos y lejanos. Sin embargo, también adoro los encuentros estivales en este sitio que se ha transformado, en pocos años, en una casa familiar. Algunos muebles provienen de casa de mis padres, entre los cuales el escritorio estilo Imperio de mi padre, en el que trabajo, y su sillón con cabezas de león en los apoyabrazos. Otros han sido recuperados de casas de amigos o comprados en tiendas de antigüedades: la pátina les viene de otro lugar. De manera que se trata de una neocasa de familia: la construcción es antigua, pero la distribución, el mobiliario, la decoración, que parecen ser de larga data, son recientes. No son el resultado de una sedimentación de generaciones.

Hemos restaurado e instalado, de cabo a rabo, esta «campana», según la expresión regional, y ante nuestros ojos asombrados «cuajó» (como las confituras que me he lanzado a cocinar, con el ahínco de una rústica neófita, en la temporada de los albaricoques). Muy pronto, los hijos y los nietos se la apropiaron y reencuentran allí sus juegos, sus libros, la choza del año pasado, las redes de cazar mariposas, los armarios con secretos. Cuando era pequeña, siempre salíamos de viaje para las vacaciones, a menudo al extranjero. De las viejas residencias con pandas de primos, aven-

turas y recuerdos compartidos sólo sabía a través de las historias de *Los cinco*, de Enid Blyton. Era un universo exótico. Y si bien ahora resulta familiar, conserva a pesar de todo un toque de extrañeza para mí. Estoy dentro de él con alegría, allí recibo a los hijos, a los nietos y a los viejos amigos; y también estoy un poco fuera, un poco boquiabierta y fascinada al contemplar este lugar al que regresan todos mis «pequeños».

A veces, se les pregunta a los niños: «¿Qué pesa más: un kilo de plumas o un kilo de plomo?» A los que caen en la trampa, se les regaña: «A ver, ¡un kilo es un kilo, papanatas!» De acuerdo. Pero en este caso poco importa la medida. Son sus constelaciones imaginarias las que no tienen el mismo peso. Gaston Bachelard, ese filósofo atento a la forma en que los ensueños humanos se apoderan de los elementos del mundo, quería «hacer sentir la necesidad de pesar todas las palabras, pesando el psiquismo que las palabras movilizan.»¹ Por este rasero, si se piensa, por ejemplo, en los vagones sellados con plomo de la deportación, o en los féretros emplomados de los muertos repatriados, o incluso en la cárcel de Los Plomos en Venecia, donde vegetaba Casanova, hay a menudo algo siniestro, definitivo, sombrío del lado del plomo. No siempre, por cierto: de la mina del lápiz, cuyo trazo se puede borrar y retomar tantas veces como

1 Gaston Bachelard, *L'Air et les Songes. Essai sur l'imagination du mouvement*, París, Librairie José Corti, 1959, p. 20 (cursivas de la autora). [*El aire y los sueños: Ensayo sobre la imaginación del movimiento*, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1993.]

se quiera, a los caracteres de imprenta que tanto han contribuido a la circulación de los escritos y las ideas, hay también cosas buenas. Y quizás hasta bellas, como en esas obras perturbadoras de mi amigo Salvatore Puglia en las que el cerco de metal gris mantiene y magnifica la frágil transparencia de las huellas.

¿Y qué por el lado pluma? Me parece que allí todo es dinámico y alegre, ligero sin ser frívolo, frágil aunque sólido y resistente. Entre el ornato y la escritura, del Antiguo Egipto a las civilizaciones mesoamericanas, del abanico de la dama elegante al atributo del escritor, las plumas seducen a los hombres tanto como maravillan a los niños. Están asociadas al soplo y a la gracia, al pensamiento y al sueño, al imaginario aéreo y esa «poética de alas» de la que hablaba Bachelard. Los poetas, por cierto, conocen mejor que nadie los sueños del aire. Tal como dice Saint-John Perse, otra vez:

¡Es un revuelo de paja y de plumas! ¡Una frescura de espuma y de granizo fino en el ascenso de los signos! y la Ciudad baja hacia el mar en una conmoción de hojas blancas: libelos y gaviotas de un mismo vuelo.¹

En mi familia hay suelas de plomo que preparan para el hundimiento y adornos de plumas que se estremecen al viento.

1 *Saint-John Perse, Vents 1*, op. cit., p. 192

Familias en la tormenta

Mis abuelos paternos, en Polonia, pertenecían a esa capa social relativamente acomodada que desconocía el yiddish, hablaba en polaco en la intimidad y amaba los vales de Chopin y la poesía de Adam Mickiewicz. Mi abuelo, sastre, tenía un taller y una tienda en la calle Piotrkowska, la arteria central de Lodz, y se dedicaba principalmente a los uniformes militares («la aristocracia de la profesión», decía Élie con orgullo). En 1926 la coyuntura era favorable, y pensaba asegurar sin mayores dificultades el mantenimiento de su hijo en París. Aun así, era necesario que los negocios siguieran siendo buenos, algo de lo que jamás se estaba del todo seguro, una experiencia desagradable que ya conocía. «Cuando el peletero ya no tiene trabajo, también pasa frío», dice un proverbio yiddish. Nada estaba a salvo de esta eventualidad. De un año a otro, de una temporada a la otra, el nivel de los recursos podía variar considerablemente. Y si la miseria era la suerte de la aplastante mayoría de los judíos polacos, la pequeña y mediana burguesía establecida en el comercio o en el ar-

tesanado, más favorecida, también conocía los frecuentes cambios de fortuna.

La familia había sido próspera en tiempos de la dominación zarista. El abuelo proveía a los suboficiales del ejército ruso de sus uniformes de gala, adornados con alamares, hombreras con flecos y galones dorados que fascinaban a mi padre cuando era niño. Pero durante la Primera Guerra Mundial, mientras los ejércitos rusos y alemanes atravesaban sucesivamente la ciudad siguiendo los movimientos en el frente, tuvo que dejar de trabajar por miedo a ser acusado de colaboracionista, como tantos otros judíos. Él y los suyos sobrevivieron entonces de las reservas, que iban disminuyendo. Despidieron a la sirvienta. Se oía el nerviosismo en el aire. Sólo mi padre, que apenas tenía ocho años a fines de 1914, estaba contento. Como pasa a menudo con los niños, le gustaba el carácter excepcional de la situación, y me ha contado que adoraba sobre todo ver pasar a las tropas bajo las ventanas. Eran muchísimo mejores que los soldados de plomo: ¡artillería, caballería, infantería desfilaban ante él como si fuera un general! Parece que, después de la independencia del país en 1918, la situación económica de la familia mejoró paulatinamente.

Lodz, situada a unos 130 kilómetros al suroeste de Varsovia, era por entonces un importante centro de la industria textil, famoso por sus tejidos de lana, de lino y de algodón, a menudo comparada con la de Manchester. En los tiempos en que mis abuelos se instalaron allí, en los albores del siglo xx, la ciudad estaba en pleno apogeo industrial,

acompañado de un importante crecimiento demográfico y urbano. Atraía a los polacos empujados por el éxodo rural, a los judíos que huían de la miseria y los pogromos perpetrados por Rusia y tenía, también, una fuerte minoría alemana, seducida por las facilidades de establecerse. De menos de ochocientos habitantes en 1820, la población había crecido a cincuenta mil en 1872, a cien mil a partir de 1883, a trescientos mil en 1902 y a cuatrocientos ochenta mil en 1914, hasta alcanzar los seiscientos mil en 1939.¹ En poco tiempo surgieron imperios industriales que modelaron el espacio, con los barrios obreros alineados en torno a las fábricas y, no muy lejos, las imponentes residencias de los señores del textil.

En su novela *La tierra de la gran promesa*, el escritor polaco Wladyslaw Reymont, premio Nobel de literatura en 1924, cuenta la violenta saga del capitalismo en Lodz, donde él mismo había trabajado un tiempo como obrero.² Como un Émile Zola, aunque más barroco, denuncia un mundo industrial cruel en el que los patronos son codiciosos y la explotación, salvaje. Describe el ruido y la furia, el dinero insolente y el hedor de la miseria, la fábrica que devora los cuerpos y el resplandor de los sitios de placer. Fiel al espíritu de la novela, Andrej Wajda se basó en ella para

1 Cifras citadas por Lydia Coudroy De Lille y Anita Wolaniuk, «Lodz, ou les ressources territoriales d'une stratégie métropolitaine», *Géocarrefour*, vol. 80/1, 2005, p. 8.

2 Wladyslaw Reymont, *La tierra de la gran promesa* [1899], Barcelona, Belacqva, 2006.

filmar una película espectacular y tumultuosa. La intriga se centra en tres personajes: Karol, un polaco hijo de un noble terrateniente arruinado; Max, un alemán hijo de un pequeño industrial de la hilatura, y Moritz, un judío espadado y sin un duro. Ávidos de éxito y poco escrupulosos en los medios para lograrlo, se alían entre sí, aunque desconfían los unos de los otros, e intrigan sin vergüenza para crear su propia fábrica. Son aventureros —en el sentido que lo entiende Vladimir Jankélévitch—, advenedizos cuyas «mezquinas aventuras aventureras no son más que una caricatura de la aventura aventurada».¹ Cuando la película fue estrenada en Francia, en 1975, suscitó una gran polémica. Recuerdo que me impresionó por su potencia e intensidad y, al mismo tiempo, me molestó por la representación muy contrastada de los dos personajes femeninos principales: una polaca rubia y delicada que tocaba a Chopin, y una judía morena y sensual que comía con glotonería. Sin embargo, no creo, al contrario de lo que dijeron sus detractores, que haya habido la menor intención antisemita por parte del cineasta. Sólo queda que midamos acertadamente la fuerza de los estereotipos a propósito de su reaparición involuntaria bajo la forma de la obviedad.

En los años 30, ¿el capitalismo era tan salvaje como en la novela de Reymont y en la película de Wajda, en las que la acción se desarrolla a fines del siglo XIX? Sin duda lo era

1 Vladimir Jankélévitch, *L'Aventure, l'Ennui, Le Sérieux*, París, Aubier, 1976, p. 10. [*La aventura, el aburrimiento, lo serio*, Madrid, Taurus, 1989.]

un poco menos, porque tenía que contar con un movimiento obrero organizado. Mendel, el hermano menor de mi padre, después de sus estudios como ingeniero textil (una formación a la que los judíos tenían acceso), creó su propia hilandería cerca de Lodz. Era un empresario próspero, pero no un magnate como el famoso Izrael Poznanski, el «rey del algodón», que se hizo construir un imponente palacio de inspiración renacentista, ornado de estatuas, guirnaldas y balaustradas, al lado de su inmensa fábrica. No sé mucho sobre Mendel, ni de su vida privada ni de su carácter. Ignoro de qué manera se comportó durante ese período en que las condiciones de trabajo fueron particularmente duras y en el cual el mundo obrero, el judío en particular, luchaba por conseguir derechos de los patrones. Aunque Élie recordaba a veces el destino de su hermano, no decía nada sobre sus ideas o su personalidad y, sobre este asunto como sobre tantos otros, yo nunca pregunté demasiado.

De este tío desconocido me quedan algunas fotos, escasas, posiblemente enviadas a mi padre después de su partida a Francia. En dos de ellas está al lado de Moszek, mi abuelo, y de Tauba, mi abuela; de vacaciones, sin duda. Una está fechada en 1930 y se tomó en Andrzejowo; la otra es de 1932, en Wisniowa. Es verano; están a la sombra de árboles frondosos y llevan ropas livianas. Una tercera, en cuyo dorso ha escrito «à mon chère frère» (*sic*)¹, lo presenta an-

1 La autora transcribe la nota escrita por su tío Mendel en un francés deficiente, con una falta de ortografía. (*N. de la T.*)